

El Oficio de Campanero

Men 20/49
Por ROSA L. OLIVA

TODA profesión, arte u oficio, que todo entra en el quehacer humano, es indudable que requiere ciertas condiciones intelectuales y físicas, aptitud, conocimientos, vocación y experiencia.

Oficios, menesteres hay por allí que de singulares y raros parecen a nuestros ojos algo insólitos, y provocan el asombro y la atención del menos observador. Tan numerosos son, como múltiples y crecientes son las actividades del hombre en el medio que conoce.

Este oficio de campanero suscita un interés especial al conocimiento por el marco en que se encuadra la figura de este obrero, su labor interpretativa de los acontecimientos social religioso, así como por la complicada técnica de su ejecución.

UN buen campanero habrá de ser un poco artista, sencillo, silencioso, discreto, poco festivo, ordenado, puntual y tener buena memoria.

Deberá poseer además cierto oído musical, destreza manual y precisión, porque hay una variedad de toques más o menos prolongados unos, de breve duración, continuados, alegres o plañideros otros, entre los cuales habrá de tenerse en cuenta el tiempo.

Hay una complicada armonización de tañidos cuya precisión cronométrica debe estar muy presente. El número de campanas que intervienen, todo lo cual está vinculado con la liturgia, calendario religioso, fechas conmemorativas y otros sucesos como la muerte de algún alto dignatario de la Iglesia o sencillamente la de cualquier feligrés.

Existe una gran diferencia entre el repique, los dobles y los clamores los que habrá fundamentalmente de saber distinguir y ejecutar.

Dos, tres o cuatro campanas se echan al vuelo en un repique y desde luego más de una persona será necesario para hacer oír este toque que tiene cierta sonoridad alegre y musical.

Mantener un compás, llevar cierto ritmo en cada movimiento o toque, porque cada uno de éstos debe estar perfectamente combinado con la campana Mayor que es la que acompaña siempre y que suele tener siempre un tono en mi, sol, la o re.

Todo instante durante la labor del campanero requiere un aporte espiritual y físico. Con pulso y decisión habrá de ejecutar estos movimientos para obtener el sonido que desea y debe expresar.

El repique tiene un sonido alegre. El doble por el contrario deja un eco melancólico y profundo en el ánimo.

Cuando tocan tres campanas juntas tres veces, luego una y dos se llama clamor. Su sonido nos llega como algo lejano.

El doble está compuesto por tres campanas juntas, luego una y otra.

El trabajo de campanero no es constante pero requiere su presencia y dedicación. Tampoco es necesario para tañer las campanas subir hasta el lugar en que se encuentran colocadas, el campanario. Bastará que desde abajo mueva las cuerdas resistentes que están a su alcance.

Su labor comienza muy temprano. A la hora en que deberá tocar para la primera misa. La hora varía sin embargo según la Iglesia. Hay algunas en que la primera misa es a las ocho, otras a las 7 y media los días de la semana y la última se ofrece a las diez en algunas Iglesias. Las campanas de la Catedral pueden escucharse ya desde las 6 de la mañana, al Ave María.

En tiempos de la Colonia este oficio tenía lugar a las cuatro de la mañana.

Hasta pasadas las doce del día hora en que deberá tocar 9 y 9 campanadas no habrá terminado su primera jornada.

Luego volverá con tiempo suficiente para el toque de las tres y el de las ocho para finalizar. Sólo hasta esta hora está permitido tocar las campanas.

EL más antiguo y de más experiencia de los campaneros que actualmente ejercen este oficio en nuestra ciudad es Federico Junco.

Cuenta que muy pequeño aún, en 1882 se inició en este oficio en la Parroquia del Espíritu Santo hasta el año 1920 que pasó a ejercer como campanero en la Catedral donde estuvo 21 años hasta 1941. En esta fecha volvió al Espíritu Santo donde hasta el presente hace hablar sus campanas con su tañido inigualable.

Conoce perfectamente su oficio. Es activo, diligente a pesar



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2)

de su años. Habla de su trabajo con entusiasmo. Le agrada. A él ha dedicado su vida.

Recuerda la época en que cuando había algún enfermo y a solicitud de los familiares se llevaba la Divina Majestad a la casa. El recorrido del Párroco en el coche que alguna familia prestaba para que fuera usado por primera vez en esta piadosa misión, seguido de fieles y pueblo con cirios encendidos hasta la casa del enfermo. Delante de todos iba Federico Junco tañendo una campana para que todos supieran del paso del santo cortejo. El regreso se hacía en la misma forma.

Hace historia de costumbres abandonadas, de las campanas. Cita nombres, fechas, inscripciones apreciables en sus bronces estremecidos por centenares de repiques.

Habla de las campanas del Espíritu Santo, San Nicolás de Bari se llama una, San José o la Mayor, la de la Santa Cruz. De la Mayor de la Catedral, en la cual hay veinte onzas de oro fundidas.

Para este viejo campanero su oficio es mucho más que el modo de ganarse el sustento. Es casi un sacerdocio, una vocación sentida desde la niñez y lograda, lo observamos en el entusiasmo que pone en sus palabras, en el secreto orgullo que sutilmente asoma en él al contar sus éxitos pasados como campanero, de su actual dicha al poder continuar en el ejercicio de su trabajo que lo mantiene en aquella quietud a que siempre aspiró al abrigo de la vieja Iglesia.

UN campanero deberá conocer y recordar entre otros esta serie de toques:

Para llamar a la primera misa diez o doce campanadas, luego seguirá tocando a intervalos. Durante la mañana cada hora los tañidos parecen llamar a los fieles a escuchar la misa.

Un doble y dos o tres campanadas según la categoría de la misa distingue de los demás oficios la Misa de Difuntos. En estas hay diferencias según sean

Honras Fúnebres o Misa Solemne. Al comenzar se escuchará un doble y al final del responso otro doble.

En las misas cantadas un repique y al terminar varias campanadas con la Mayor.

Durante el oficio cuando se celebra una festividad religiosa, al alzar la Hostia la campana Mayor dará tres tañidos y al alzar el Caliz. Al dar la bendición y en el Jubileo Circular, cuando se expone el Santísimo.

A las doce del día la campana Mayor dará 3, 3 y 3 toques hasta nueve, luego otros nueve. Este número de campanadas significa las nueve virtudes de la Virgen.

Las tres campanadas de la Mayor a las tres de la tarde señalan la hora en que murió Cristo. A las cinco un repique sencillo se desgrana en el aire: es el Rosario.

A las seis o seis y media vuelven a oírse las campanas. Esta vez diríase que sus voces tienen sonoridades místicas. Es la hora de recogimiento, de quietud inefable. La naturaleza misma parece envolver con tenues velos, techumbres, campanarios y símbolos. Dogmas, ritos, verdades intangibles, templos y dioses cobran valor y matiz propio en esta atmósfera de paz, todo parece rendirse al misterio de la hora. Velan los altos campanarios como grandes ojos el minuto consagrado. Aguardan los bronces colgantes el casto y milagroso momento en que, como Heraldo Divino, San Gabriel viene sobre María y le anuncia la encarnación, para rasgar con sus nueve tañidos puros, inmaculados la silenciosa penumbra de la tarde. Es el toque del Angelus.

Tres clamores con dos campanadas a intervalos, una y dos una y dos campanadas a las ocho, es el toque de Animas. Ha cerrado la noche y los piadosos rezan por el alma de todos los difuntos.

Hay repique también cuando hace su entrada en la Iglesia un Cardenal o Arzobispo así como a la salida.

Tres días antes de la rogativa se tañen campanas, esta vez sin clamores. La rogativa significa el ruego a todos los Santos, y en ella se hace la Letanía de los Santos.

El toque de agonía se da con la campana Mayor a intervalos. Su tañido seco, real, inexorable y único anuncia el minuto trascendental de un mortal. Precedido de este toque que va señalando la muerte lenta o la entrada en una nueva vida, abandonará definitivamente el mundo.

Se repica los días de fiesta Nacional y cuando la fecha señala el duelo entonces doblarán las campanas a intervalos.

Ocho o diez minutos cada hora se dobla por un cadáver hasta poco antes de darle sepultura. Cuando llega al Cementerio al finalizar el responso en la Capilla Central.

Repican las campanas el domingo de Ramos anunciando la entrada de Jesús en Jerusalén. Tres Padres bendicen las palmas.

Luego permanecerán silenciosas durante los tres días primeros de Semana Santa, lunes, martes y miércoles. El jueves hay un repique y no se oírán más hasta el sábado de Gloria que repican jubilosas. Es Aleluya, Cristo ha resucitado. Rompen su mutismo a las 10 de la mañana primero las de la Catedral, luego las del Espíritu Santo y el Santo Cristo siguiéndole por antigüedad las demás Iglesias.

EL momento apoteósico en la vida de un campanero es este del repique de Aleluya o la visita de un Cardenal o alto dignatario eclesiástico porque en uno se exalta su fervor religioso y en otro aumenta la admiración y el respeto por las altas representaciones de la Iglesia. Son los momentos en que puede lucir sus habilidades de campanero porque la fe y la admiración inspira su artística y humilde ocupación de tañedor.

M, en 30/49



Federico Junco, es el campanero más antiguo de la ciudad.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Campanario del Espíritu Santo.